

 Seix Barral

Tomás González

El fin del Océano Pacífico





Seix Barral Biblioteca Breve

Tomás González

El fin del Océano Pacífico

Mi mamá tenía noventa y un años. En una de sus noches de insomnio comió demasiados dulces y tuvimos que hospitalizarla, deshidratada por la diarrea. Clínica Medellín. Vi los empaques vacíos. Lo que alcanzó a consumir le habría aflojado el estómago a Muhammad Ali. Además de las galletas rellenas, las bolas de chocolate, las cocadas, las bolas de tamarindo, despachó muchos paquetes de unos cilindros anaranjados, fosforescentes, muy salados, rugosos, espumosos y, en mi opinión profesional, no aptos para el consumo humano. Con ellos descansaba el paladar y volvía a lo dulce. A Muhammad lo vi una tarde cuando yo hacía posgrado en Nueva Orleans, hace ya varias décadas. Firmaba autógrafos en Canal Street. Me tomó de sorpresa su tamaño. En los documentales uno ve la liviandad y la gracia, no semejante montaña. Montaña física y espiritual. Las personas arremolinadas a su alrededor parecían enanas y él se mostraba muy afectuoso con ellas. Muhammad Ali en el país de los enanos.

La tía Antonia, muy preocupada, nos mostró el baúl de madera donde mi mamá guardaba los dulces, cofre del

tesoro decorado por ella misma con imágenes de flores blancas de borrachero. Era como el sueño de un niño de seis años hecho realidad por una niña que empezaba a avanzar hacia los cien. Y le pasó lo que le habría pasado al niño: esa noche no logró contenerse. Diarrea por transgresión dietética en la ingesta enloquecida de dulces. El cofre estaba lleno de empaques, y en el fondo, como un sedimento, encontramos unos veinte turrone de maní, de los que son a la vez duros y cauchudos y se deben comer con paciencia para no arrancarse las calzas y las coronas. Se disponía ya a disfrutarlos con cautela cuando la sorprendió la diarrea.

En los viajes por tierra, hasta hace poco, mi mamá despachaba sin mayores consecuencias totumas completas de arequipe, y morcillas y chorizos demasiado antiguos y de higiene dudosa que habrían acabado con digestiones menos curtidas. Los viajes con ella se alargaban, pues quería comer en cuanto negocito veía al borde de la carretera. Tres piedras y una olla eran ya tentadoras. Sabía de alta cocina, pero estaba lejos de hacerle feos a la “baja”, y con toda razón, pues tiene sus riesgos, pero sin duda tiene sus maravillas. En un puesto de la plaza de mercado de un pueblito del Ecuador nos comimos los dos una vez un curí que en las brasas había parecido primero una gran rata crucificada y carbonizada; después, retirado de las brasas y descrucificado y antes de que lo descuartizaran, una rata sólo carbonizada, pero todavía con forma de cruz; y por último llegó el curí a nuestra mesa después de haber sido crucificado, carbonizado, descrucificado, descuartizado y adornado con papa, cebolla, lechuga, tomate y pimentón. Nos chupamos los huesitos.

Y sigo sin entender por qué escondía los dulces, mi mamá. Nadie se los iba a confiscar ni tenía la autoridad para

impedir que se sobrepasara o paciencia para intentarlo. Los escondía de su propia conciencia, tal vez. Los ancianos son como abejas o colibríes con el dulce hasta que les llega la diabetes. Una locura. Todos sabíamos de la caleta, incluso le hacíamos chistes sobre eso, pero nunca nos imaginamos semejante baulado de delicias.

La tía Antonia tenía noventa y dos años. Señorita, como dicen. Dormía ocho horas profundas en la cama al lado de la insomne de mi mamá, que se levantaba miles de veces, hacía tronar los paquetes y prendía y apagaba luces la noche entera. En los pocos ratos que dormía, roncaba. Apnea. Juntas toda la vida. Desde que tuve memoria la tía Antonia vivió en nuestra casa, en cuarto aparte en vida de mi papá y después en el mismo. Camas idénticas, paralelas. Enmarcado sobre la cabecera de la tía estaba el Ángel de la Guarda, con una leyenda en estilo manuscrito preciosista, Ángel de la Guarda, mi dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día, *hasta que esté en paz y alegría con todos los santos, Jesús, José y María*, que de niños nos hacía rezar, para calmar los terrores nocturnos.

En la clínica Medellín mi mamá dijo haber soñado con ballenas que subían del agua y no volvían a bajar. Seguían subiendo y volaban sobre el mar.

–Si vieras la belleza –dijo con voz débil–. Parecían de Botero.

Fue pesadilla, entonces, dije.

–No me hagás reír, Ignacito. No te imaginás lo maluca que me siento.

–Será que ya le dio diabetes, mamá.

–No me molestés ahora con eso.

El sueño parecía sacado de algún libro o tal vez se había inspirado en las ballenas que hacía ya algunos años

habíamos visto o *avistado* en estas mismas playas del Pacífico, cuando nos alojamos en el hotel vecino, donde le celebramos los ochenta y cinco. Por los ventanales se los ve, monumentales hasta de lejos, los chorros, los volúmenes que se forman contra el horizonte y se hunden, las colas que se alzan y desaparecen verticales en el mar. Hay gente que deduce la existencia de Dios por la existencia de las ballenas o de otras maravillas que hay por ahí. “¡Mirá las mariposas, hombre, miráles nada más el diseño, los colores. O mirá las estrellas. ¿No creés que para que existan estos portentos tiene que haber... Algo?” Puede que tengan razón, no lo sabemos, pero no todo el mundo lo ve de esa forma. Mi amigo David, aficionado a hilar fino, me dijo una vez que, en su opinión, Dios no existía. Que sólo existía La Creación. Me lo planteó así, sin prepararme, en Versalles, la cafetería del centro, sin preámbulos, y preguntó lo que yo pensaba. La señora que nos tomó el pedido parecía interesada en el asunto.

–Así de afán, hombre David, no te puedo dar la definitiva. Déjame pensarlo y yo me pongo en contacto con vos este martes a más tardar.

La señora me miró, sonrió y se fue por los tintos.

–Quedo pendiente –dijo David.

Digamos, aquí, por ejemplo. Frente a la bahía de la particular Creación donde estoy ahora y detrás de esta casa, construida con maderas preciosas tomadas de la misma selva, se alzan montañas no muy altas, pero sí muy densas, y en ellas y detrás de ellas hay selva y más selva por cientos de kilómetros. Aquí Dios estaría o no estaría, para el caso vendría a ser lo mismo. De todas formas llueve y escampa día y noche. Agua, clorofila, animales. Dicen que en esta región existe la variedad más grande de ranas del mundo, y entre los programas de recreación que ofrece el hotel

vecino está el de su avistamiento. La palabra suena bien para ballenas, no tanto para ranas. ¿Avistamiento de ranas?

Se le quitó la diarrea a mi mamá, salió de la clínica, insistió en querer volver a la tierra de las ballenas y aquí volvimos. El día siguiente de nuestra llegada quiso ir a saludar a los empleados del hotel y de paso informarse de los eventos que tuvieran programados. Como la marea estaba alta y no había paso por la playa, se le adaptaron dos palos a una silla de plástico, para llevarla en andas por la trocha enfangada. Caminando detrás de ella, que iba ya bien acomodada en su trono, yo trataba de no dejar los tenis en los trechos de un barro denso que insistía en quedarse con ellos. No soy aficionado a trochas, por el barro y también por la humedad y el sudor, pero, estando recién llegados, y como primogénito, me correspondía acompañarla al hotel. Los empleados la saludaron con cariño, respeto y un toque de adulación, como a ella le gusta. Estaban casi todos los que habíamos conocido en el viaje anterior.

En el hotel se inscribió para la excursión de las ranas, que salía en dos días. Es una avistadora de nacimiento, mi mamá, y de lo que sea: ranas, gente, pájaros. También se inscribió para ver, una semana después, los micos que en estas selvas aúllan temprano en las mañanas, sean de lluvia, sean sin lluvia, estén despejadas o llenas de nieblas. Me gusta oírlos desde la hamaca. Son gritos de gran poder, ventiscas, sentimientos roncocos que llegan a todos los rincones de la selva.

La tía Antonia a nada se inscribía nunca. Acompañaba a su hermana a todas partes, pero se quedaba leyendo y fumando en los hoteles, en las casas que alquilábamos, como esta, o en la sala de la finca. Cuando estuvo aquí se sentaba en una silla de mimbre muy cómoda en el corredor

al frente de mi cuarto, o adentro, si llovía demasiado fuerte y se alcanzaba a salpicar el corredor, pero allí, en el umbral de la puerta, para recibir el viento y mirar mejor el mar medio borrado por el aguacero. Rosada y pequeña, moña blanca en la parte de atrás de su bien formada cabeza, muy apacible y compuesta, leía las novelas que había venido repasando toda la vida. Rafael Pérez y Pérez, Luisa Linares, Corín Tellado. Mientras leíamos ella se dedicaba al Pielroja y yo al Camel, pues me gusta el sello del camello –que en realidad es un dromedario–. Yo fumaba solamente cuando estábamos juntos, y no aspiraba. Ella se fumaba diez o doce Pielrojas diarios, mantenía el paquete en un estuche de cuero repujado que le trajo de Marruecos mi hermana mayor y fumaba tan despacio que uno no sabía si estaba aspirando el humo o sólo dejándose acompañar por él. Hace algunos años le regalé en el Día de la Madre un cenicerito de cobre, ni muy pequeño ni muy liviano, pero que ella cargaba para todas partes. Al hundirse una palanca como las de los trompos de juguete giraba un disco que también se hundía para tragarse las colillas y sepultarlas en el cenicerito. El disco se devolvía solo y cerraba todo herméticamente, de modo que no saliera humo ni olor a colilla.

–No sabés lo práctico que ha salido este cenicerito que me *comprastes* –decía sin falta cada vez que nos sentábamos a fumar–. Fácil de manejar y todo. Gracias, Ignacito.

“Comprastes”, decía, “salistes, volvistes”. Aquí en mi cuarto apuntaba el ventilador hacia el techo de palma y varas de mangle, de modo que el viento no le acelerara la brasa ni le tumbara la ceniza. De niño yo le preguntaba “mamá Antonia, usted, digamos, ¿cuántos Pielroja se fuma al día?” y ella decía que se le había olvidado contar. Isabel era la que sabía contar, Isabel, no ella. Cuando mi tía estaba

en el corredor, muchos empleados de la casa, que son negros todos, daban un rodeo nada más para saludarla y alegrarse el día. Si yo fuera budista y creyera en la reencarnación pensaría que la tía Antonia ya había alcanzado la perfección y no tendría necesidad de regresar a este mundo. En cambio, a mi mamá la espera una reencarnación y media, como mínimo, diría yo, hombre de ciencia que soy, muy dado a cálculos.

Mi mamá quería mucho a los negros, por ejemplo, pero ahí está el detalle. No son animales domésticos, para que uno tenga que quererlos. Ni siquiera son negros, en realidad, tan poco como los otros son blancos. Todo eso de las razas es una gran mentira, una ilusión. A la tía Antonia, en cambio, le simpatizaban, y si pensaba que eran negros lo hacía como cuando uno se da cuenta de que el amigo Dismas Wenzel –un turista alemán que se alojaba en el hotel y es dueño de un perrito podenco– es muy alto, corpulento y suave. A mi tía le gustaba que los negros fueran como son, igual que le simpatizaban Dismas y su perro, por ser suaves los dos, aunque algo caprichosos, o el traductor holandés –otro turista del que también llegué a hacerme bastante amigo– por lo caballeroso e ilustrado. En Holanda se llama Jos; aquí, José el Holandés. Es muy blanco, de ojos azules brillantes y alumbraba como la sal o el azúcar bajo el sol.

Micos, ballenas, lluvia, mar y los empleados de la casa han sido aquí mi compañía desde que todos se fueron, hace ya algún tiempo. Y Ester, claro. En estas playas las ballenas están siempre presentes, aunque se hayan ido o no hayan llegado. Me acompañan también, de lejos, los anónimos turistas extranjeros que pasan todos los días por la playa, pero nunca si hay mucho sol, pues se cuidan del melanoma más que los nacionales y hacen bien. Aquí es mejor ser lo

que llamamos negro que ser lo que llamamos blanco. Los blancos se ponen como pargos rojos con el sol, y el calor y la humedad los apabullan, y si son europeos les da sin falta la diarrea. Los negros aguantan mejor. Afrocolombianos, se dice ahora, como si negro fuera insulto. No lo es en todo caso para Naila Rivas, la cocinera, la chef, mejor dicho. “Yo no soy afro-nada, doctor, yo soy negra” me corrigió la vez que por dármeles de prudente mencioné la palabra, es decir caí de narices en la trampa. Naila usa turbante de estilo yoruba y elegantes batolas holgadas de colores, y es la mejor cocinera del mundo.

No sé cómo hacía mi mamá para crearse un ámbito de lujo o de refinamiento o como quiera llamarse en cualquier sitio en que estuviera. Tres días después de llegar, y cuando menos pensamos, estaba Naila Rivas instalada con turbante y todo, y ya envuelta por los magníficos aromas de su cocina. La cocinera de planta, que no lo hacía nada mal, por cierto, fue degradada a pinche y sometida a la voluntad de hierro de Naila. Y “magnífica” es la palabra justa para referirse a su cocina. Una cosa son las jaibas al ajillo bien preparadas, y otra, preparadas por ella. Es el sabor del animalito en su máxima expresión. ¡Y los postres! Un flan de coco igual al de ella no se consigue en ninguna otra parte. Las nubes de guanábana, de su invención, están a la altura de su nombre. En su cocina la jaiba sabe a jaiba, no a ajo ni a mantequilla, el flan sabe a coco y es jugoso, y las nubes, a guanábana. No hostigan, pero tampoco lo dejan a uno como necesitado de una cucharada grande de arequipe o tres cocadas, como pasa con ciertos postres demasiado refinados.

Naila está en el sitio que merece y le corresponde. Esta casa es tan cara como cualquiera de la Costa Azul y, para mi gusto, mucho más bonita que cualquiera de la Costa

Azul. Si los dueños quieren alquilarla por este dineral necesitan mantener todo en perfecto estado de funcionamiento, cosa nada fácil ni barata en esta humedad tremenda en plena selva y en pleno mar. Cada día los jardineros quitan los plásticos, negros, azules, blancos, transparentes, que la marea y el viento dejan desmadejados en la arena y en las ramas de los mangles. Aquí nadie tira basuras a la playa y los empleados entierran las botellas plásticas que arrojan en otras partes y nos trae la marea. Hay buen pozo séptico y trampa de grasas, por supuesto, y no tenemos el espectáculo de los cangrejos rojos arremolinándose y pescando quién sabe qué, arroz tal vez, una que otra lenteja, en arroyitos que bajan de los plateros de las cocinas al mar, como se ve a veces. Los cangrejos retroceden explayándose como una ola cuando uno se les va acercando.

He pasado contento aquí. También mi mamá la pasó bien, aunque sólo conoció el reposo mientras estuvo enferma. Nunca en la vida ha estado tranquila, si ha podido evitarlo. La tía Antonia, para ligera exasperación de mi mamá es, en cambio, puro reposo, y la pasó casi siempre contenta. También yo soy apacible. En la universidad me tomaban el pelo por la forma como disfrutaba cuando tenía oportunidad de hacer pereza, tanto que uno de los compañeros me llamaba Plácido, y no por la voz, precisamente. Urrea, otro compañero de la Facultad, conocía muy buenas citas y las decía en el idioma original, que pronunciaba a la perfección, fuera el que fuera. Latín y griego, incluso. Después de dos años se pasó a filosofía y ahora es profesor estrella de Hegel y Marx, mejor dicho, dialéctica, en una universidad de las grandes. Habría sido buen médico, a pesar de todo. Pedante. *Ce n'est pas q'on soit bon, on est content*, decía, relamiéndose en la pronunciación. Busqué la frase en Google y no aparece

por ninguna parte. Urrea no tenía un pelo de bobo, era medio genio incluso, y seguramente se la inventó y la pasó al francés. Es más grave y difícil ser medio genio que genio completo. Fuera de eso Urrea había nacido con una mano defectuosa, la derecha. Talidomida. $C_{13}H_{10}N_2O_4$. Cinco deditos rudimentarios o embrionarios que utilizaba con tanta maestría como el lenguaje. Parecían muchos, pero eran cinco nada más, creo. Uno no se pone a contarle los dedos a la gente y menos en este caso. Se le pierde la cuenta y tiene que volver a empezar. Parecían un gajito de bananos murrapos, pero más pequeños, que es como hablar de un enano en miniatura. *No es que uno sea bueno, sino que está contento*, frase que también funcionaría al revés, *no es que uno sea malo, sino que está descontento*. Mi amigo sufría de cierta amargura y descontento que ni se notaban casi.

Las dos frases le aplicarían perfectamente a mi mamá, según el momento. Inquieta de espíritu, tensión alta, tal vez bipolaridad. Decía que sufría del colon, pero lo puse muy en duda y dejé de insistir. Los humanos venimos usando ese segmento de intestino a lo largo de la Historia para atraer la atención de familiares y amigos cuando nos sentimos necesitados de cariño. Aficionada a los temas médicos. En su familia y también en la de mi papá los médicos nos hemos dado como maleza. Orientada hacia la plata, hábil para conseguirla y también para gastarla, sobre todo en donaciones a asilos para ancianos, bibliotecas, escuelas, organizaciones ecológicas y otras instituciones por el estilo. Una de las bibliotecas lleva su nombre.

–Hay que dejar de comer tantos dulces, mamá –fue lo único que se me ocurrió decir aquella vez en la clínica y ella contestó que quería ver las ballenas. Contó el sueño y dijo que además le gustaría mucho estar otra vez entre esas

personas sonrientes, que parecían recién llegadas de África y que la habían acogido con tanto cariño. Se refería a las empleadas del hotel, que son muy amables. Ella conocía muy bien de qué materia estaba compuesta, en general, la amabilidad de los trabajadores del turismo, fueran del color que fueran, pero no dejó nunca de ser cariñosa con los del hotel, que terminaron tomándole afecto de verdad, exagerado a veces. Le dieron niños para que los amadrinara, le pidieron plata, cosas así, y ella les ayudó, como hacía siempre.

Todo el mundo quiso venir al paseo de las ballenas, como pasa siempre en la familia, así que alquilamos esta casa, que también es propiedad de los dueños del hotel. Casa y hotel funcionan como negocios aparte, a pesar de tener un mismo administrador, Rico, que comparte con Muhammad Ali la característica de parecer esbelto desde lejos y resultar un gigante de cerca. También Rico es carismático, tiene autoridad natural e inspira admiración y respeto, pero es muchísimo más serio y callado que Muhammad. Cosa nada difícil. El resto de la humanidad es más callada que Muhammad Ali.

–¡Y las cocadas que hacían esas mujeres! –dijo mi mamá en la clínica, como si no se acabara de enfermar por el dulce–. ¡Y los dulces de papaya verde y de papaya madura!

–Aquello es lejos y muy trasmano –dije–. ¿Por qué no mejor el Tayrona?

Era como decir: “Mamá, ustedes dos no aguantan semejante viaje. Ese clima es bravo. Se nos mueren por allá”.

–Las ballenas del Tayrona, claro. ¿Te acordás del hongo pequeñito que alumbraba todo el piso de la selva por la noche?

Le acomodé la almohada y le habría acariciado la cabeza, pero detestaba las caricias.

–Todo el piso de la selva tampoco, mamá. Apenas debajo de algunos árboles. Una cuadra, si acaso dos, y nada más cuando llueve.

–Traje al mundo al segundo Fénix de los Ingenios –dijo, mirando el cielo raso. No le gustaba que la tomaran del pelo. Prefería encargarse ella sola de ese departamento.

Siempre al día con la política mundial y la ecología, sabía que las selvas parecían inmortales, pero no lo eran. Acostumbraba a hablar de estos asuntos con solvencia y llegaba casi siempre a la misma conclusión: “Si el mundo no fuera tan frágil no tendría gracia”. Me gustaba la frase, así no estuviera para nada de acuerdo. Hay frases tan fuertes que parecen ciertas. Diagnóstico: intelecto y humor certeros; la memoria presentaba muy pocos síntomas de erosión; achaques normales en alguien de su edad; todos nos vamos a morir algún día; podría haber excepciones.

Mi hermano Rafael Alberto, que es gracioso y pronuncia a la perfección un italiano propio, no cree en tales excepciones.

–Como bien lo dice el renombrado geriatra Franco Deterioro –cita–. *Tuti mundi debe estare preparato pra perdere hasta las uñi de la mano et de les piedi.*

–¿Tuti fruti? –pregunta Adriana, la menor, que está medio loca.

Rafael Alberto no es médico. Ingeniero y todo, su alma es de bromista o bufón. Su afición es el comercio. Es dueño de un negocio de importación de herramientas agrícolas y creo que está muy rico, aunque no parece. Se compró un carrito antiguo color arequipe con jalea de guayaba, Porsche, que maneja sin ampulósidades ni poses, como si fuera el empleado que lo está llevando a lavar. Es muy entretenido, Rafael, aunque con los tragos se puede poner pesado. Y es

que tanto apunte seguido, uno tras otro, bum, jajaja, bum, jajajaja, le empieza a cansar a uno el hemisferio derecho y a fatigar el izquierdo. Otra cosa con él es que ha leído mucho y tampoco lo parece. Sabe de los últimos avances científicos de la medicina y de la física y de los muchos retrocesos de la humanidad. Todo eso, por un lado. Por el otro, las mujeres.

Íbamos, entonces, en el carro de mi mamá para el aeropuerto, rumbo al Pacífico. Ester y yo conversábamos tomados de la mano, igual que lo habíamos venido haciendo desde hacía casi cuarenta años. Dorso de mano mía en rodilla de ella. Timón en mano izquierda mía. Luiz Bonfá por los parlantes del Subaru de mi mamá, con *Vereda Tropical*. Puro romanticismo. A Ester le gusta tanto como a mí oír música y tomarse algunas ginebras por las tardes. Boleros, tangos, baladas, rancheras, vallenatos, lo que sea. Clásica. Mi amigo David dice que sólo hay tres clases de música: la buena, la regular y la mala. A veces bailamos los boleros, Ester y yo, pero no lo hago muy bien, que digamos. Soy, eso sí, el radiólogo con la colección de boleros más grande del mundo. Llevamos tanto tiempo juntos que a veces me admiro. En alguna época alcanzamos a sentir la falta de hijos, pero la nostalgia se nos quitaba bastante cuando veíamos a la gente toda enredada con los suyos. No tenía sentido averiguar cuál de los dos era el estéril.

Cae una lluvia menuda, casi vapor. Oigo *Sabrás que te quiero*, precisamente, versión de Nelson Ned, el llamado “pequeño gigante de la canción”, en dúo con un Agnaldo Timoteo, que canta bien, pero cuyo talento no está del todo a la altura de semejante nombre. “Nelson Ned pequeño no es”, me gustaría decirles a los que inventaron el asunto. “¡Es enano! ¡No es pequeño, gonorreas, es enano!” Además, es muy ancho de espaldas y de su gran caja torácica sale ese

vozarrón que no conoce límites, como el de Celia Cruz, como el de Miguel Aceves Mejía. Sólo a los narcos se les podía ocurrir convertir la antiquísima gonococia en insulto. Lo que es la ignorancia. Es como ofender a alguien llamándolo “colitis” o “lumbago”. Esas personas y también sus admiradores o imitadores son incapaces de formar oraciones verbales, aun las indiferentes o neutras, sin ponerles el veneno de su intranquilidad anómala, patológica: “Pásame la hijueputa sal, por favor, ¿sí? Pilas. Gracias”.

–¿Me permitís que te chupe el hijueputa oído? –le pregunté un día a Ester. Me lo permitió y después me permitió saborearle o degustarle la hijueputa oreja, todo entre risitas ahogadas –a esta edad– y erizamientos. Siempre responde, Ester, y entonces hay que tenerse firme, pues se ilumina, se eleva mucho.

Nelson y Agnaldo llegan por unos audífonos de muy buen sonido, aunque algo incómodos, mientras relumbra el mediodía en las ventanas. La lluvia que parecía vapor luminoso se despejó y apareció uno de esos solazos insoladores que de un momento a otro se convierten en nubes casi negras y lluvias torrenciales, en el mar, o en neblinas densas, pesadas, que vuelven irreal todo lo que tocan o cubren, en las selvas. A *Sabrás que te quiero* siguió *Vereda tropical* en la versión de Tito Gómez, acompañado por la orquesta Riverside. Todo el mundo ha interpretado *Vereda...* Seguramente Celia... Y a veces quiero tenderme boca arriba, pero los audífonos no me dejan, no se prestan. Nada hay ahora que no me incomode, la sábana, el bigote, las gafas de leer, la almohada, hasta el reloj. Los boleros me confortan y divierten. Letras profundas, la de *Amor ciego*, por ejemplo, o la de *Vendaval sin rumbo*, el que se lleva todas las cosas de este mundo y que ojalá se llevara este mi dolor que es tan profundo.

–La música bossa-nova es como de eunucos, ¿cierto?
–dijo Adriana aquella vez, cuando íbamos en el carro de mi mamá para el aeropuerto. Que yo supiera, nunca nadie había llamado eunuco a Luiz Bonfá, pero logré quedarme en silencio.

En el asiento de atrás iban ella, mi mamá y la tía Antonia.

–¡Miren los gallinacitos! –dijo mi mamá y disminuí la velocidad. Adriana me clavó las uñas en los hombros. Ester con sus sandalias de plástico transparente que parecen de agua, y sus pies, me distraían, y sus rodillas.

–Casi nos matamos –dijo Adriana.

–Casi –dije.

Es imprudente contradecirla, tenga o no la razón. Además estaba dentro de lo posible que hubiera visto *Algo*, una de esas cosas que a veces ella ve, y que la muerte nos hubiera pasado cerca en la forma de un rayo que en el último segundo había tomado la decisión de no caernos encima y “electrojodernos”, como lo habría puesto Rafael Alberto, o de un bus que de no haberse varado diez minutos antes nos habría estrellado de frente, al pie de los gallinazos. Avanzamos despacio. El perro estaba muy deshecho por las aves y por los carros que habían pasado sobre él. Engolosinados, borrachos, pesados por el festín, los gallinazos habían decidido dejar de levantar el vuelo, pasara lo que pasara. Pensé en lo horrible que habría sido atropellarlos y atravesar por entre un revuelo de plumas negras ensangrentadas. ¿Los gallinazos son aves? Claro que lo son, ¿qué más van a ser? El pastor alemán se movía y desbarataba en el vórtice del siseo y de la brincadera, y por el tamaño y por lo que alcancé a ver de su cabeza, había sido de raza pura. El collar azul con la placa metálica de identificación brillaba y se retorció como si

estuviera vivo entre las vísceras desordenadas o convertidas en pulpa orgánica. Fascinada por el poderoso espectáculo mi mamá dijo *a veces creo que todo esto es para siempre*.

Si se la hubiera descrito como anciana pequeña nadie habría podido adivinar que se trataba de ella y se pensaría más bien que estaban hablando de la tía Antonia. Pero también en el caso de mi mamá esa era la descripción justa. Un día bordaba en el tambor de costura un florero de irises y estaba tan abstraída que alcancé a verla una fracción de segundo justo bajo la forma de delicadeza y profunda feminidad. Primera vez que le veía el parecido con su hermana, una sorpresa para mí, en cierto modo, pues lo de ancianita era muy reciente, pequeña siempre había sido, pero nadie se había dado cuenta, y frágil ni siquiera ahora.

–Bueno, ese perrito no lo era –dije.

–¿Cómo decís?

–Del perro hablo. No muy eterno, doña Isabel. ¿No?

–¿No muy qué es que dice? ¿Averno? –le preguntó a Adriana, que seguramente puso los ojos en blanco.

Yo sabía que me había oído bien. Lo mismo Adriana.

–¿No muy qué es que decís, Ignacio? –preguntó mi hermanita haciéndose la impaciente–. A vos sí es que te gusta mucho hablar rebuscado, ¿cierto?

–Eterno, eterno, Adrianita, e-ter-no.

–¡Éste con tal de llevar la contraria...! –dijo mi mamá– ¿O vos qué opinás? –le preguntó a la tía Antonia, que sonrió, pero nada dijo, tal vez para no arriesgarse a algún amable regaño. El regaño habría tenido que ser amable y disimulado, pues si la ofendía, la tía Antonia era capaz de no volver a hablarle o hablarle como por cumplir en mucho tiempo.

Gloria Isabel, la mayor, y yo hemos sido los únicos más o menos libres de peleas y malentendidos con mi mamá, y

las de los otros han sido peleas fuertes, más que graves, sobre todo con Adriana. Nuestra infancia fue feliz y eso nunca terminamos de agradecerlo. A veces yo mismo... Mirá, Ignacio, que he pensado hacerle una piscina a mi casa, pero todavía no me decido, me dice, y yo le echo cabeza unos días al asunto y al final le digo que a la edad de ella el manejo de piscinas se complica mucho; no se meta en eso, mamá, a la edad suya es mejor ponerse a rezar, no a hacer piscinas. Al día siguiente se consigue el maestro de obras y empieza la construcción. Casa campestre semiurbana. Mangos, mandarinos, jardineros, dos empleadas y ahora piscina. *Rezá vos, si querés. Yo no tengo tiempo de pendejadas*, pensaría. Y los nietos al fin de cuentas disfrutaban con la tal piscina y no se ahogan. Sus decisiones eran siempre cuerdas e incluso acertadas y uno quedaba con la sensación de haber sido utilizado como una de esas paredes pintadas que se usan para practicar tenis.

Ocupamos gran parte de un avión de unos treinta pasajeros. Aterrizamos en un claro de la selva, frente al mar, sobre una pista con burros y cebúes pastando en la periferia. Soldados del ejército nacional custodiaban las pistas y había muchos policías en la puerta de ingreso. Mientras esperábamos las maletas le pregunté a uno de ellos, el único blanco, con cara de estudiante universitario, si últimamente había estado lloviendo mucho por estos lados. El joven policía parecía no poder creer lo que le estaban preguntando. Se ofendió.

–En el Chocó llueve, señor –dijo y me dio la espalda.

El mostrador donde se pagaba el impuesto de llegada era atendido por una señorita negra muy grande y bella, tan bella y grande que uno ni siquiera podría decir si era gorda. Mejor dicho, aquello no era pertinente. Rafael

Alberto le sonrió y ella a Rafael Alberto. Claudia, mi cuñada, disimuló mirando una avioneta que en ese momento decolaba. En el salón, un hombre alto y fornido, con correas de estibador, tomaba las maletas de los pasajeros que iban a embarcarse en el mismo avión en que habíamos llegado y las pesaba en una báscula negra de metal, tan sólida como él. A los niños les gustan mucho estas básculas que por su plataforma móvil parecen natilla o gelatina cuando uno los para en ellas. Muy bonita, una antigüedad, un anacronismo. Los nuestros quisieron pesarse, por supuesto, y el hombre dijo a ver quién va primero. Los levantaba uno a uno casi hasta el techo, les sonreía desde abajo, los bajaba y los ponía con cuidado en la plataforma. Recuerdo que los pasajeros que esperaban a que les pesaran las maletas hacían gesto de paciencia, unos, otros les sonreían a los niños que estaban en el aire. Veintitrés y veintiséis kilos pesaron las niñas de José Daniel, que son monas y ojiazules como la mamá; treinta y dos Alicia, la niña de mi hermana Isabel, por lo gordita; sus dos hermanitos, veinte y pico cada uno. El hombre levantó a los gemelos de Antonio, uno en cada mano, pero no me di cuenta de lo que pesaron. Entonces dijo que él era capaz de levantar un novillo con los dos brazos, o dos terneros, uno en cada mano. Era como si los estuviera poniendo a escoger. Esperé a que me hiciera alguna clase de guiño o señal, pero no lo hizo. Con los niños era sonriente; seco conmigo y no me miraba a los ojos. Timidez, desconfianza de los llamados blancos, tal vez, o miedo de los paramilitares, que andan por todas partes y prefieren que la gente no hable con extraños.

Me imaginé al señor de la pesa de hierro al lado del turbohélice alzando animales mientras nuestros chiquitos aplaudían. Un novillo o uno de los burros grandes con las

dos manos, digamos, o un ternero en cada mano, dependiendo de cómo se hiciera la conversión entre burros grandes y terneros. Hay gente que piensa que sin niños ningún viaje es verdadero. Mi mamá, para no ir muy lejos, y también yo, siempre y cuando brinquen lejos.

–Ellos sí son cansoncitos –decía mi mamá–. ¡Tan bellos!

Adriana le dijo a San Joaquín, su marido, que se pesara para ver cómo habían avanzado los salchichones y los jamones serranos, a los que era muy aficionado. Y él se pesó.

–Con vos el señor no va a poder –le dije–. Pesás más que un burro de los enormes. Toda esa grasa que colgás en la cocina te va a acogotar el corazón. Hay que cuidarse.

No está tan gordo, realmente, para su estatura, pero quería mortificarlo un poco, pues es mejor estar atentos con eso. Engordar es fácil, como dicen las señoras, enflaquecer, muy difícil. Se bajó de la pesa. ¿A que no sos capaz de traerme una cocacolata muy fría? le preguntó Adriana y él fue a buscarla. Me acordé de la canción de María Cristina, la que me quiere gobernar, pero no es el caso, ni mucho menos. Buena la versión del Trío Servando Díaz, también la de Eliades Ochoa. San Joaquín le tiene paciencia a Adriana, sin duda, pero también sabe pararla cuando se propasa, con la reserva de que la noción de propasarse es bastante laxa en el caso de él, persona tranquila como pocas, centrada, con el umbral del enojo y del dolor mucho más alto que el de los demás mortales.

Nadie ha entendido muy bien por qué Adriana salió tan peculiar ni la razón de sus conflictos interminables con mi mamá. Algún chistoso, creo que fui yo, inventó la historia de que se le había caído a las baldosas cuando era bebida, pero como no se había muerto ni le habían quedado

marcas mi mamá prefirió no darle importancia al asunto ni contarle a mi papá, y que Adriana no había podido perdonarle el descuido que la dejó peculiar para siempre. Que ella misma se mencione como peculiar da una idea de lo peculiar que es. Aquello no fue del todo inventado tampoco. Era cierto que se le había caído, pero no de las manos sino de la mesa donde la bebida estaba desayunando. Y a pesar de que el golpe no valió la pena, por alguna razón esta explicación extracientífica, tal vez la única que exista, ha tenido buena acogida. Ya no me acuerdo bien de lo que inventé, pues hemos seguido agregando detalles. Que había quedado unos segundos con los ojos como bolas de ping pong y había levitado las tres primeras noches después del golpe.

–Impresionante ver una bebida levitando –decía Antonio–. Con el chupo colgando del gancho. Da cosa.

–Porque a vos te hubiera quedado difícil, ¡con lo flaquito que eras!

Adriana misma es la que más partido le ha sacado al asunto.

–Fue que a mí me dejaron caer a las baldosas. Mejor dicho, habláte con mi mamá, ¿sí? Ella es la que sabe. Yo solamente soy la occisa –dijo una vez, cuando alguien le pidió explicaciones por alguno de sus desmadres.

–¿Occisa? ¿Y fue que te mataron?

Adriana se dio cuenta de su disparate y poco le importó.

–Bestia serás vos.... Y así mismo fue –dijo, rápida de pensamiento, rica en recursos–. Ella me mató en cierto modo. Estoy muerta en vida aquí donde me ves.

Es capaz de dar la excusa de las baldosas en cualquier parte, en el banco, en el supermercado, donde sea. ¡Una señora de cuarenta!